

LOS INICIOS DE LA TEORÍA DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES. EL PRIMER DEBATE*

Antonio Pacheco

Resumen

La Gran Guerra 1914-1918 se cerró con la derrota de Alemania, la desaparición de la monarquía en ese país, el Tratado de Versalles y luego la Liga de las Naciones. Para Carr, esta organización internacional y su famoso *Covenant* significaron una verdadera fábrica de errores internacionales, cuyo fundamento último era lo que Carr denomina el *utopismo* y cuyo producto final y trágico fue la Segunda Guerra Mundial 1939-1945. Ante el fracaso del *utopismo* en las relaciones internacionales, Carr propone el *realismo*. La antinomia entre *utopismo* y *realismo*, que en materia de asuntos de Estado, nacionales o internacionales, se manifiesta en la antinomia entre *política* y *ética*, resuelta por Machiavelli, en el fondo no es otra cosa que la vieja antinomia filosófica entre *idealismo* y *empirismo*, entre *libertad* y *determinismo*. Se trata de un problema no resuelto, si se opta por uno de los dos extremos con prescindencia del otro, es decir, la solución tiene que tener en cuenta los señalamientos de una y otra tesis. Carr ha visto bien esta cuestión y por eso su realismo se presenta con las debidas reservas.

Palabras clave: Realismo; Utopismo; Opinión pública; Armonía de intereses.

Abstract

The Great War (1914-1918) ended with the defeat of Germany, the abolishment of monarchy in that country, the Versailles Treaty and then the League of Nations. Carr sees this international organization and its renowned *Covenant* as a true factory of international errors, ultimately based on what Carr deems *utopism* and tragically ending in World War II, 1939-1945. In response to the failure in international relations brought about by *utopism*, Carr proposes *realism*. The antinomy between *utopism* and *realism*, which in regards to matters of the state, nation or international community are expressed in the antinomy between *politics* and *ethics*, solved by Machiavelli, is truly none other than the old philosophical antinomy between *idealism* and *empiricism*, between *liberty* and *determinism*. This entails an unsolved problem should one of the two sides be adopted while disregarding the other. In other words, the solution must take into account the aspects of both theses. Carr has clearly addressed this issue; therefore, his realism is presented bearing certain prudence.

Key words: Realism; Utopism; Public opinion; Harmony of interests.

EL OBJETO DE ESTE ENSAYO

Para quien no viene del campo de las relaciones internacionales, sino del de la *Filosofía* y del *Derecho*, un ensayo como el que aquí presentamos, un informe final de un período lectivo de dieciséis semanas, tiene necesariamente que ser muy limitado en su contenido y alcance. Estas limitaciones se constriñen aún más por el marco establecido por la cátedra para el desarrollo del trabajo, a saber, veinte páginas (que en algo excedimos, sin embargo). Decimos esto en estricto apego a la verdad, sin buscar en lo absoluto con ello una *captatio benevolentiae* del lector. Además, la lectura detenida de la primera y segunda parte de la obra

* Análisis del problema utopismo *versus* realismo y la crisis en las relaciones internacionales en la obra de Edward H. Carr. *The Twenty Years' Crisis. 1919-1939*.

de Carr, que son a las que se refiere nuestro ensayo, nos han hecho ver que sólo un lector desprevenido y apresurado podría creer que una obra como ésta puede analizarse a fondo en unas pocas semanas.¹ Tan sólo el análisis del *Covenant* de la Liga de las Naciones, organización mundial que constituye una pieza central en la crítica de Carr, requeriría bastante tiempo, sin contar con la profusa bibliografía secundaria citada por Carr. Pretendemos, pues, en nuestro ensayo mostrar tan sólo, hasta donde nos sea posible, luego de haber asistido a este interesante y docto seminario, dirigido por el doctor Carlos A. Romero, la comprensión que hayamos podido lograr, tanto del importante problema de lo que E.H. Carr denomina *utopía* en las relaciones internacionales, planteado en su obra *The Twenty Years' Crisis. 1919-1939*,² salida de las prensas en Inglaterra en un mes y año críticos para la paz en Europa y en el mundo, septiembre de 1939; como también de las razones por él alegadas a favor de su tesis alternativa, el *realismo*, que Carr por lo demás no considera como solución excluyente de la *utopía*, sino complementaria de ésta.³ Por eso, pues, queriendo acercarnos a estas cuestiones controvertidas por el comienzo mismo de la discusión, elegimos estudiar, para nuestro ensayo o informe de fin de período lectivo, el denominado por la doctrina primer debate o debate iniciativo, que se planteó precisamente a partir de Carr, acerca del futuro de las *relaciones internacionales*, si es que éstas debían dejar de ser sólo elucubraciones académicas de intelectuales, así fueran éstos hombres de Estado, o bien debían adquirir un estatus de verdadera ciencia, que permitiera encontrar y proponer soluciones viables y confiables a los conflictos internacionales. Se trata del debate entre quienes sostenían el *paradigma idealista*, excluyente de todo realismo, vigente dicho paradigma sin discusión hasta la fecha en que Carr inicia su actividad académica en la cátedra de *Teoría de las relaciones internacionales* en la Gran Bretaña y publica en 1939 su obra *The Twenty Years' Crisis. 1919-1939*, y quienes como él propusieron como alternativa un nuevo paradigma, no excluyente del anterior pero necesariamente complementario de él, a considerar en el estudio de la Teoría de las Relaciones Internacionales, el *paradigma realista*.⁴ La fecha en la que Carr prologa la primera edición de su obra es significativa: septiembre de

1 Carr es un pensador profundo. *The Twenty Years' Crisis. 1919-1939* es una obra densa, y aun sin pretender que se trate de la *Crítica de la razón pura* de Kant, fuerza es insistir en decir que un breve ensayo como el nuestro únicamente puede contener una apreciación muy provisional de la parte de ella que hemos meditado. Rastreamos un poco la existencia de otras obras de Carr para formarnos una idea de sus líneas de investigación y encontramos que están disponibles en librerías, además de la antes citada, entre otras muchas, éstas: *The Bolshevik Revolution. 1917-1923 (History of Soviet Russia)*. (Varios volúmenes); *What is History; Foundations of a Planned Economy, 1926-1929; German-Soviet Relations Between the Two World Wars. 1919-1939; The Comintern and the Spanish Civil War*. Se trata, pues, de un autor que ha reflexionado seriamente sobre temas políticos y económicos en la historia de las relaciones internacionales. Dentro de ese marco de investigaciones, *The Twenty Years' Crisis. 1919-1939* constituye un importante punto de inflexión. Es el inicio de la ciencia de las relaciones internacionales. En un viaje a USA a mediados del verano de 2001, después de concluida la redacción de nuestro ensayo, tuvimos oportunidad de adquirir en Cambridge, Massachusetts, dos libros de reciente aparición que pensamos son importantes para una reflexión sobre la obra de Carr: *E.H. Carr. A Critical Appraisal*. Edited by Michael Cox. Palgrave. New York, 2000 (ISBN 0-333-72066-0); y una biografía de Carr, de aparición algo anterior: *The Vices of Integrity. E.H. Carr 1892-1892*, de Jonathan Haslam. Verso. New York, 1999. Paperback edition first published by Verso 2000 (ISBN 1-85984-289-5).

2 Carr (1946).

3 Carr: o.c., 93, *We return therefore to the conclusion that any sound political thought must be based on elements of both utopia and reality*.

4 No nos detenemos a referirnos siquiera a los restantes paradigmas que surgieron posteriormente en el siglo XX: el *globalista* y el *marxista*, que podemos ver, por ejemplo, en la obra de Frederic S. Pearson y J. Martin Rochester (2000).

1939, momento histórico en el que Hitler invade a Polonia y desata la Segunda Guerra Mundial; no lo es menos la fecha en la que prologa la segunda edición: noviembre de 1945, fin de la Segunda Guerra Mundial en Europa y en el Pacífico, e inicio paulatino de la *guerra fría*. La obra de Carr es una meditación concienzuda de las causas que hicieron fracasar el *paradigma idealista*, cuya concreción inoperante, después de la Primera Guerra Mundial, fue la Liga de las Naciones, en buena medida hija ésta de las ilusiones idealistas del presidente americano Woodrow Wilson. Carr afirmará, al final de su obra, que un Nuevo Orden Internacional deberá conjugar el elemento realista del *poder* con el elemento idealista de la *moralidad*, y que ésa será la tarea del poder o poderes en ascenso.⁵ Dado que Carr ejemplifica como concreción paradigmática del pensamiento utopista ese constructo internacional que fue la Liga de las Naciones, cuya sede fue Ginebra, en el que tanto los líderes europeos como los americanos pusieron la ilusión de que sería el instrumento para lograr la paz mundial definitiva, intentamos documentarnos al respecto. En el volumen 13 de la *Encyclopaedia Británica*⁶ encontramos un excelente escrito acerca de la Liga de las Naciones. El escrito contiene, además, el texto de los 26 artículos de *Covenant* y una abundante bibliografía publicada para la época de la edición citada de la Enciclopedia. Le hemos dado una ojeada a todo ello; pero, de nuevo hay que decirlo, no es posible para nuestro modesto ensayo un examen profundo de lo que significó la Liga de las Naciones.⁷ De la lectura de la obra de Carr, de las citas allí recogidas del presidente Wilson, de Lord Cecil y de otros líderes mundiales de la época, el lector se hace una muy mala impresión de lo que fue esta organización internacional; no obstante resulta asombroso, si se ha de creer a Carr al pie de la letra, que la Liga de las Naciones se haya basado en la más ingenua candidez, en la cual resalta conspicuamente el que los líderes mundiales hubieran realmente creído, por ejemplo, que “la opinión pública” era un disuasivo para la guerra. Si esto fue realmente así, y las citas que Carr ofrece en su libro son contundentes, entonces no cabe duda alguna que el alegato de Carr por el *paradigma realista*, concretamente por la necesidad de incorporar en las relaciones internacionales el elemento del *poder* (aunque no sólo este elemento como el mismo Carr señala,⁸ ya lo hemos dicho) fue un aporte esencial a la discusión y por más que se lo acompañe de otros componentes, pensamos que ese elemento será inseparable en el futuro de cualquier paradigma que pretenda regir las relaciones internacionales. Por tal razón no logramos entender cómo fue posible que, de acuerdo con Carr, este elemento del *poder*, tan antiguo en la doctrina política, al menos desde Maquiavelo, hubiera sido deliberadamente puesto fuera de las previsiones de la Liga de las Naciones.⁹

5 Carr: *o.c.*, 235-236.

6 *Encyclopaedia Britannica* (1949: vol. 13, pp. 829-844).

7 The creation of the League of Nations by the incorporation of the Covenant in the Treaty of Versailles and the other treaties of peace in 1919, was perhaps the most remarkable of all the direct results of the World War. (Cf. *Encyclopaedia Britannica*, vol. 13:829).

8 En este sentido dice Carr: *If, however, it is utopian to ignore the element of power, it is an unreal kind of realism which ignores the element of morality in any world order* (*o.c.*, 235).

9 Carr afirma, en efecto, *To attempt to ignore power as a decisive factor in every political situation is purely utopian* (*o.c.*, 235). Sin embargo, el artículo 16 del *Covenant* de la Liga de las Naciones reza: Article 16.1. Should

EL ORIGEN DE LA CIENCIA DE LA POLÍTICA INTERNACIONAL. LA ANTINOMIA ENTRE UTOPIA Y REALIDAD

El origen de la ciencia de la política internacional

La preocupación generalizada en los países de habla inglesa por la política internacional, “la popularización de la política internacional”, dice Carr, fue la que dio origen a una ciencia de la política internacional. Se trataba de dar respuesta a una demanda popular. Después de concluida la guerra europea 1914-1918, que afectó trágicamente a millones de personas, la guerra dejó de ser vista como algo exclusivamente militar que afectaba sólo a soldados profesionales y las relaciones entre las naciones como competencia exclusiva de diplomáticos especializados. El origen de la cuestión consistió en que las gentes comenzaron a preguntarse por las causas de la guerra y se pensó, infundadamente, dice Carr, que los tratados secretos entre los gobiernos eran los causantes de los problemas. Se imponía, entonces, encontrar una respuesta científica al problema de las relaciones entre las naciones y de cómo lograr la paz permanente entre ellas. Carr muestra cómo en las ciencias de la naturaleza es posible separar el propósito con el cual se realiza una investigación científica de los datos que se manejan en ella. Los datos que se analizan en una investigación científica tienen una objetividad que no puede ser influida por el propósito que mueve al investigador a investigar. Pero en las ciencias de la conducta, la situación es muy distinta. En éstas el propósito forma parte de los datos a considerar, ya que puede llegar a modificar las conductas que se estudian, si un número suficiente de personas se persuaden de la bondad de aquél y actúan en consecuencia. Así ocurre con la ciencia política, cuyo propósito es curar el cuerpo político, de modo que la ciencia política es la ciencia no sólo de lo que es sino de lo que debe ser.¹⁰

Sucede, afirma Carr, que cuando la mente humana comienza a preocuparse por cuestiones novedosas, el propósito que la anima predomina sobre la objetividad de los hechos y de los medios, y el análisis de unos y otros tienden a ser débil o inexistente frente a la fortaleza del propósito. Así ocurrió, por ejemplo, en el medievo con aquellos alquimistas que buscaban transmutar en oro otros metales; el propósito perseguido hizo minimizar la realidad de los hechos, obviar el análisis serio de las diferentes propiedades de los metales. El resultado fue el fracaso total. En el campo de las ciencias humanas hay también ejemplos de estos errores.

any Member of the League resort to war in disregard of its covenants under Articles 12, 13 or 15, it shall ipso facto be deemed to have committed an act of war against all other Members of the league... 2. It shall be the duty of the Council in such case to recommend to the several Governments concerned what effective military, naval or air force the Members of the League shall severally contribute to the armed forces to be used to protect the covenants of the league. Encyclopaedia Britannica (1949) vol. 13:834-835). No nos resulta, pues, claro por qué estima Carr que el Covenant carecía de previsiones para el uso del poder en caso necesario, a menos que este artículo no se correspondiera con una realidad del momento que hiciera posible su *enforcement*. Es decir, que se tratara simplemente de «un papel mojado». Las manos libres que tuvo el expansionismo de Japón desde comienzo de los años treinta y luego Hitler, previo su desenfrancado y tolerado armamentismo por la Liga de Las Naciones, parecen hablar en ese sentido.

¹⁰ Carr: *o.c.*, 1-5.

Esta actitud de la mente humana, que hace prevalecer el propósito sobre la realidad de los hechos, constituye la *utopía*.¹¹

El error del pensamiento utópico en materia de ciencias humanas consiste, pues, en la postulación de una serie de generalizaciones o suposiciones artificiales, condiciones imaginarias, no verificadas, del comportamiento humano con prescindencia de la realidad objetiva de los hechos. La utopía no es el producto del análisis, sino del deseo de algo a lo que se aspira. En la utopía el elemento teleológico predomina sobre el análisis.¹²

En la ciencia de la política internacional el elemento teleológico estuvo presente desde el comienzo. Surgió de la desastrosa guerra de 1914-1918: la *gran guerra*. Los pioneros de esta ciencia se vieron dominados por el avasallante propósito de impedir que tal cosa pudiera volver a ocurrir. El fin parecía tan importante que en él se concentró toda la atención; y el análisis crítico de los medios propuestos para alcanzarlo fue calificado de destructivo e inútil. Esta actitud se revela en la respuesta dada por el presidente Wilson, cuando se dirigía a la Conferencia de Paz, a la pregunta que le fue hecha por algunos de sus consejeros, de si creía que su plan para la Liga de las Naciones funcionaría. Su respuesta fue que si no funcionaba, habría que hacerlo funcionar.¹³

La etapa en la cual una ciencia merece realmente tal nombre, dice Carr, ocurre cuando adquiere conciencia de la diferencia entre lo que es y lo que debiera ser. Esta distinción, sin embargo, no es absoluta en las ciencias políticas, de allí que es difícil su emancipación total del utopismo y que el científico político permanezca un tiempo más largo que el científico físico en la etapa utópica del desarrollo. En efecto, mientras el propósito de transmutar plomo en oro, por más apasionado que sea, no hará variar la imposibilidad de lograr el fin propuesto, es innegable que si todo el mundo quisiera realmente un "estado mundial" o "seguridad colectiva", y designara lo mismo por esos términos, esos fines se alcanzarían fácilmente. Se comprende entonces que, en una etapa inicial de la ciencia política, se piense que de lo que se trata es de lograr un convencimiento generalizado acerca de los fines propuestos. Pero el tiempo muestra que por esta vía de la utopía política no se progresa. No todos quieren esos fines, y quienes los quieren los entienden de modo diferente. Así que se concluye que por sí solo el propósito es estéril y la realidad se impone como un elemento esencial del estudio de la ciencia política. El impacto del pensamiento sobre el deseo, que sucede a los primeros proyectos visionarios y constituye el colapso del período específicamente utópico, se denomina *realismo*.¹⁴

11 Es bien sabido que éste es el nombre [*ou*, no + *topos*, lugar] dado por Thomas Morus al país imaginario que describe en su obra *De optimo reipublicae statu, deque nova insula utopia* (1516), en el cual coloca un pueblo perfectamente sabio, poderoso y feliz, gracias a las instituciones ideales de las cuales goza. Cf. Lalande (1972: 1178-1179). Cf. igualmente aquí (1180-1181), los significados atribuidos a los términos *utopia*, *utópico* y *utopista*; así como también a este respecto el *Extrait de la discussion à la séance du 2 mars 1922*.

12 Carr: *o.c.*, 5-8.

13 *Ib.*, 8.

14 *Ib.*, 9-10.

ANTONIO PACHECO

Como reacción contra el utopismo, en el campo del pensamiento, el realismo enfatiza la aceptación de los hechos y del análisis de sus causas y consecuencias. Tiende a despreciar el rol del propósito y mantener, explícita o implícitamente, que la función del pensamiento es estudiar una secuencia de eventos que no pueden influenciarse o alterarse. En el campo de la acción, el realismo enfatiza la fortaleza de las fuerzas existentes y el carácter inevitable de las tendencias existentes; y sostiene que la máxima sabiduría consiste en aceptar y adaptarse a estas fuerzas y tendencias.¹⁵

La tesis del realismo, aunque se presenta en nombre del pensamiento objetivo, puede conducir, si es extremada, a la esterilización del pensamiento y a la negación de la acción. Pero hay una etapa en la cual el realismo es el correctivo necesario a la exuberancia del utopismo; de la misma manera como en otros períodos debe invocarse el utopismo para contrarrestar la esterilidad del realismo. Carr afirma que el pensamiento inmaduro está puesto predominantemente al servicio de un propósito y es utópico. Por el contrario, el pensamiento que rechaza totalmente el propósito es el pensamiento caduco. El pensamiento maduro, en cambio, combina propósito con observación y análisis. *Utopía* y *realidad* son, pues, las dos facetas de la ciencia política. Sólo cuando ambas ocupen su lugar se darán el pensamiento y la vida política sensatos.¹⁶

La antinomia entre utopía y realidad

La antítesis entre *utopía* y *realidad* es fundamental y se muestra en los dos diferentes métodos de aproximarse los problemas políticos. La inclinación a ignorar lo que fue y lo que es atendiendo sólo a lo que debe ser, es la *utopía*. La inclinación a deducir lo que debe ser de lo que fue y lo que es, es el *realismo*. Los utópicos piensan que el mundo debe adecuarse a sus políticas. Los realistas piensan que sus políticas deben adecuarse a las realidades del mundo.¹⁷

La antítesis entre *utopía* y *realidad* puede apreciarse al considerar diversos ámbitos de la existencia que constituyen parejas de contrarios, con los cuales *utopía* y *realidad* presentan alguna similitud, tales como *libertad* y *determinismo*; *teoría* y *práctica*; *intelectualidad* y *burocracia*; y en materia política, *izquierda* y *derecha*.¹⁸

Si se consideran *utopía* y *realidad* desde el punto de vista de la *libertad* y el *determinismo*, el utópico se sitúa del lado de la *voluntad libre*, es voluntarista, cree en la posibilidad mayor o menor de rechazar la realidad y de sustituirla por un acto de voluntad. El realista analiza un curso *predeterminado* de desarrollo que él es incapaz de cambiar. El utópico, fijando sus ojos en el futuro, piensa en

15 *Ib.*, 10.

16 *Ib.*, 10.

17 *Ib.*, 11.

18 *Ib.*, 11-21.

términos de espontaneidad creativa. El realista, enraizado en el pasado, lo hace en términos de causalidad. Carr afirma que ninguna de estas dos posiciones extremas es conveniente. Toda acción y todo pensamiento humanos provechosos deben establecer un balance entre *utopía y realidad*, entre *voluntad libre y determinismo*. De lo contrario, el realista cabal, que acepta incondicionalmente la secuencia causal de los eventos, se priva de la posibilidad de cambiar la realidad; y el utópico cabal, al rechazar la secuencia causal, se priva de la posibilidad de entender, tanto la realidad que busca cambiar como el proceso por el cual puede ser cambiada. El utópico padece del vicio de la ingenuidad, el realista del de la esterilidad.¹⁹

Con relación a la *teoría y la práctica*, el utópico hace de la teoría política una norma a la cual la práctica política debe conformarse. El realista considera la teoría política una suerte de codificación de práctica política. La relación entre teoría y práctica, dice Carr, ha sido reconocida en años recientes²⁰ como uno de los problemas centrales del pensamiento político. Ahora bien, tanto el utópico como el realista distorsionan esta relación. El utópico, pretendiendo reconocer la interdependencia entre propósito y realidad, trata el propósito como si fuera el único hecho relevante y lo afirma como si fuera una realidad. Así, por ejemplo, la Declaración Americana de Independencia afirma como realidad, siendo así que no lo es, que “todos los hombres son creados iguales”. Se ha afirmado también que “la paz es indivisible” y que “la división biológica de la humanidad en estados independientes en guerra es un absurdo”. Propositiones como éstas, afirma Carr, son sólo *items* en un programa político disfrazados de afirmaciones de hecho. El realista percibe estas proposiciones utópicas no como hechos sino como aspiraciones, y como tales para él no son proposiciones a priori,²¹ sino que están enraizadas en el mundo de la realidad [son proposiciones a posteriori, habría que decir, para continuar usando el lenguaje de Kant] de una manera tal que el utópico fracasa completamente en entender. El realista, en cambio, entiende estas proposiciones como provenientes de situaciones reales. Así, la igualdad del hombre es para el realista la ideología de los subprivilegiados, que buscan elevarse al nivel de los privilegiados; la indivisibilidad de la paz es la ideología de los estados que, estando particularmente expuestos a ataque, están deseosos por establecer el principio de que un ataque a ellos es materia de preocupación para otros estados más afortunadamente situados; el absurdo de los estados soberanos es la ideología de potencias predominantes que encuentran en la soberanía de otros estados una barrera al disfrute de su propia posición predominante. Para Carr, la exposición que hace el realista de las fundaciones ocultas de la teoría utópica es un preliminar necesario para cualquier ciencia política seria. Sin embargo, dice Carr, el realista, al negar cualquier cualidad a priori a las teorías políticas, y al probar que ellas

19 *Ib.* 11-12.

20 Recuérdese que la obra de Carr fue publicada originalmente en 1939.

21 Como se sabe, en el lenguaje kantiano proposiciones a priori son proposiciones necesarias, independientes de la experiencia. [*Critique of pure reason*. B 2: ...whether there is any knowledge that is thus independent of experience and even of all impressions of the senses. Such knowledge is entitled a priori, and distinguished from empirical, which has its sources a posteriori, that is, in experience]. (Norman Kemp Smith's translation).

están enraizadas en la realidad [son proposiciones a posteriori], cae fácilmente en un determinismo, es decir, la teoría, no siendo más que una racionalización de un propósito condicionado y predeterminado, es una pura excrecencia impotente para alterar el curso de los eventos. Así, pues, mientras el utópico trata el propósito como el solo y último hecho, el realista corre el riesgo de tratar el propósito únicamente como el producto de otros hechos.²²

La conclusión de Carr en este apartado, *theory and practice*, es una exhortación a la conciliación entre *teoría y práctica*. Para Carr, el proceso político no consiste, como sostiene el realista, en una pura sucesión de fenómenos gobernados por leyes mecánicas de causalidad; pero tampoco consiste, como afirma el utópico, en la pura aplicación a la práctica de ciertas verdades teóricas desarrolladas a partir de su conciencia interna por personas sabias y visionarias. La ciencia política, dice Carr, debe basarse en el reconocimiento de la interdependencia de *teoría y práctica*, la cual sólo puede alcanzarse mediante una combinación de *utopía y realidad*.²³ En el fondo, lo que está planteado es el viejo problema filosófico de la antinomia entre el *idealismo* de raigambre platónica y el *realismo* de raigambre aristotélica. Y aunque de algún modo sus respectivas versiones modernas fueron el *racionalismo o dogmatismo* continentales y el *empirismo* insular británico (que Kant intentó conciliar en su *Crítica de la razón pura*).

Una expresión concreta de la antítesis entre *teoría y práctica* en política es la oposición entre el *intelectual* y el *burócrata*. El intelectual está entrenado para pensar principalmente de acuerdo con lineamientos a priori, mientras que el burócrata lo hace sobre una base empírica.²⁴

El intelectual trata de lograr que la práctica esté en conformidad con la teoría, ya que los intelectuales son particularmente renuentes a reconocer que sus ideas estén condicionadas por fuerzas externas a ellas mismas. Se estiman a sí mismos como líderes cuyas teorías proveen la fuerza motivadora a los llamados hombres de acción. Más aún, la totalidad del punto de vista intelectual de los últimos doscientos años ha sido fuertemente influido por las ciencias matemáticas y naturales. La mayoría de los intelectuales ha admitido que la base necesaria y el punto de partida de cualquier ciencia consiste en establecer un principio general y ensayar lo particular a la luz de ese principio. A este respecto puede decirse que el utopismo, con su insistencia en un principio general, representa el característico enfoque intelectual de la política. Woodrow Wilson es un excelente ejemplo del intelectual en política. Su método político consistía en basar su exhortación en principios amplios y simples, evitando comprometerse con medidas específicas. Supuestos principios generales, tales, como "autodeterminación nacional", "libre comercio" o "seguridad colectiva", no son para el realista sino expresiones concretas de intereses y condiciones particulares. Carr afirma que en los tiempos

22 Carr: *o.c.*, 12-13.

23 *Ib.*, 13.

24 Carr: *o.c.*, 13-14.

modernos los intelectuales han sido los líderes de cada uno de los movimientos utópicos; y que el servicio que el utopismo ha prestado a la política se debe en gran parte a ellos. Sin embargo, agrega, la debilidad característica del utopismo es también la debilidad característica del político intelectual: el fracaso en entender la realidad existente y el modo como sus propias generalizaciones están enraizadas en ella.²⁵

El burócrata, por su parte, tiene un enfoque fundamentalmente empírico de la política. El burócrata pretende manejar cada problema particular “con base en sus méritos”, evitar la formulación de principios y estar guiado en el curso correcto por algún proceso intuitivo nacido de una larga experiencia y no de un razonamiento consciente. Para el burócrata no hay casos generales, sino casos específicos. Rechaza la teoría y en esto se asemeja al hombre de acción. Retrocede frente a las constituciones escritas y los pactos solemnes, y se deja guiar por el precedente, por instinto, por el sentimiento de lo que es correcto. El burócrata está estrechamente asociado con el orden existente, con el mantenimiento de la tradición y con la aceptación del precedente como criterio seguro de acción. La consecuencia de todo esto, dice Carr, es que la burocracia fácilmente degenera en un rígido y vacío formalismo, y reclama un esotérico entendimiento de procedimientos apropiados, que no es accesible incluso al más inteligente no iniciado. De allí los dichos: “Experiencia vale más que ciencia” y “Logros en aprendizaje y en ciencia contribuyen poco a hacer sabio al hombre en política”. Por eso, cuando un burócrata quiere condenar un propósito lo llama “académico”. Práctica, no teoría; entrenamiento burocrático, no brillo intelectual, es la escuela de la sabiduría política. El burócrata tiende a hacer de la política un fin en sí misma. Es conveniente recordar, dice Carr, que Machiavelli y Bacon fueron burócratas.²⁶

La oposición entre el intelectual y el burócrata, dice Carr, fue particularmente importante en Gran Bretaña durante los veinte años entre las dos guerras en el campo de los asuntos exteriores. Durante la Primera Guerra Mundial, la Unión de Control Democrático, una organización de intelectuales utópicos, luchó por po-

25 *Ib.*, 14. Resulta imposible a leer estas líneas, y en general todo el planteamiento de Carr, dejar de pensar, insistimos en ello, en el esfuerzo de Kant en la *Crítica de la razón pura* por resolver este antiquísimo problema filosófico de teoría del conocimiento: idealismo (conocimiento puro) *versus* realismo (conocimiento empírico). Kant afirmó conciliadoramente, y se esforzó por probarlo en su obra, que si bien nuestro conocimiento comienza con la experiencia, no termina en ella. Dice, en efecto, el filósofo en la Introducción a la 2ª edición de la *Crítica de la razón pura*: (B1-B2). The distinction between pure and empirical knowledge. There can be no doubt that all our knowledge begins with experience. For how should our faculty of knowledge be awakened into action did not objects affecting our senses partly of themselves produce representations, partly arouse the activity of our understanding to compare these representations, and, by combining or separating them, work up the raw material of the sensible impressions into that knowledge or objects which is entitled experience? In the order of time, therefore, we have no knowledge antecedent to experience, and with experience all our knowledge begins. But though all our knowledge begins with experience, it does not follow that it all arises out of experience. For it may well be that even our empirical knowledge is made up of what we receive through impressions and of what our own faculty of knowledge (sensible impressions serving merely as the occasion) supplies from itself. If our faculty of knowledge makes any such addition, it may be that we are not in a position to distinguish it from the raw material, until with long practice of attention we have become skilled in separating it (Norman Kemp Smith's translation).

26 Carr: *o.c.*, 16.

ANTONIO PACHECO

pularizar el punto de vista de que la guerra era debida con mucho al control de los asuntos exteriores en todos los países por diplomáticos profesionales.²⁷

El presidente americano Woodrow Wilson, político intelectual, creía que la paz estaría asegurada si los asuntos internacionales eran resueltos no por diplomáticos o políticos cada uno ávido de servir a sus propios intereses, sino por desapasionados científicos —geógrafos, etnólogos, economistas— que hubieran hecho estudios de los problemas concernidos. Burócratas, y especialmente diplomáticos, fueron largamente considerados con suspicacia en los círculos de la Liga de las Naciones. Se consideraba que la Liga contribuiría grandemente a la solución de los problemas internacionales, sacándolos de las manos reaccionarias de las oficinas de asuntos exteriores. En este sentido, al presentar el borrador del *Covenant* a la sesión plenaria de la Conferencia de Paz, Wilson sostuvo que para que no se repitieran los errores que en el pasado se habían cometido, la Liga de las Naciones no debía ser meramente un cuerpo de representantes oficiales de los diversos gobiernos. Por su parte Lord Cecil criticó en la Cámara de los Comunes, en julio de 1919, una tendencia que existía en las clases oficiales a pensar que lo que es, es lo correcto.²⁸ Y en la Segunda Asamblea invocó, contra las “clases oficiales”, el apoyo de la “opinión pública”, que se suponía representaba la Liga. Tales alegatos, dice Carr, fueron frecuentemente escuchados durante los siguientes diez años.²⁹

El burócrata, por su parte, desconfiaba por igual del celo misionero de los entusiastas intelectuales por la seguridad colectiva, el orden mundial y el desarme, esquemas que le parecían ser el producto de la pura teoría divorciada de la experiencia práctica. La cuestión del desarme ilustró bien este punto de vista divergente. Para el intelectual, el principio general era simple y directo: las dificultades alegadas para su aplicación eran debidas a la obstrucción por los “expertos”. Para el experto, el principio general era carente de sentido y utópico; si los armamentos podían ser reducidos, y si era así cuáles, era una cuestión “práctica” a ser decidida en cada caso “en base a sus méritos”.³⁰

La antítesis entre *utopía y realidad, teoría y práctica*, se reproduce, dice Carr, en la que se da entre el *radical* y el *conservador*, de *derecha e izquierda*, aunque los partidos así etiquetados no siempre representan las respectivas tendencias. El radical es utópico y el conservador es realista. El intelectual, el teórico, tenderá hacia la izquierda y el burócrata, el práctico, lo hará hacia la derecha. Para Carr, un buen ejemplo del político conservador, realista, práctico era Neville Chamberlain [aunque es bien sabido que de poco le sirvió a éste su realismo práctico con Hitler y la cinematografía ha guardado para la historia la triste escena con la figura de este iluso ministro británico agitando como un triunfo, al pie del avión a su regreso de Munich, en los albores mismos del inicio de la Segunda Guerra Mundial, el

27 *Ib.*, 17.

28 *Ib.*, 18.

29 *Ib.*

30 *Ib.*, 18-19.

papel firmado por el *Führer* que supuestamente garantizaba la paz en Europa]. Chamberlain sostuvo en la Cámara de los Comunes, ante la oposición laborista, y luego en su libro *The Struggle for Peace* que tener una política significaba determinar el curso de acción conveniente a seguir ante una situación particular; y siendo así que las situaciones y condiciones en los asuntos exteriores cambian continuamente, no es posible establecer ninguna política de una vez y para siempre.³¹

La antítesis entre *utopía* y *realidad* se manifiesta del modo más fundamental posible en el criterio discrepante que acerca de la relación entre *ética* y *política* tienen el utópico y el realista. El utópico establece un patrón ético que pretende que sea independiente de la política, y busca que ésta se adecue a aquél. El realista no acepta ningún patrón de valor que no sea fáctico. Para el realista el patrón absoluto del utópico está condicionado y dictado por el orden social, y por consiguiente es político. La ética es relativa, no universal y debe ser interpretada en términos de política. La búsqueda de una norma ética fuera de la política está condenada al fracaso. Para el realista no hay otro bien que la aceptación de la realidad.³²

LA CRISIS INTERNACIONAL. EL FRACASO DEL *UTOPISMO* PREDOMINANTE EN LA LIGA DE LAS NACIONES. LA CRÍTICA DEL *REALISMO*

Los antecedentes del utopismo

Carr afirma que los orígenes de lo que él denomina la *moderna escuela del pensamiento político utópico* se remontan a la quiebra del sistema medieval, que suponía un sistema ético y un sistema político universales basado en la autoridad divina. Los realistas del Renacimiento hicieron de la ética un instrumento de la política, de modo que la autoridad del Estado sustituyó a la autoridad de la Iglesia como árbitro de moralidad. La respuesta de la *escuela utópica*³³ consistió en re-

31 *Ib.*, 19-20.

32 *Ib.*, 20-21.

33 Esta expresión de Carr debe entenderse en un sentido amplio. No ha existido realmente en propiedad una *escuela utópica*. Ha habido pensadores cuyas doctrinas han sido calificadas de utópicas (e.g. los llamados *socialistas utópicos*). Pero no una escuela que siga determinada tendencia utópica. En este sentido dice Lalande (*o.c.*, 1179): [*Utopie*] B. Se dit par extension de tous les tableaux représentant, sous la forme d' une description concrète et détaillée (et souvent même comme un roman), l' organisation idéale d' une société humaine: par exemple la Cité du Soleil de Campanella, la Salente décrite dans le Télémaque de Fénelon, le Voyage en Icarie de Cabet, etc. Lalande agrega la siguiente cita de Leibniz (*Théodicée*, I, § 10): Il est vrai qu' on peut s' imaginer des mondes possibles, sans péché et sans malheur, et qu' on pourrait faire comme des Romains, des Utopies ... En este mismo sentido se expresa el *Diccionario de Filosofía* de José Ferrater Mora (4 vols., Alianza Editorial, Madrid, 1981). Después de citar como ejemplos de utopías obras de una serie de autores (Platón, Moro, Campanella, Francis Bacon, Samuel Butler, Étienne Cabet, William Morris, H.G. Wells), dice Ferrater Mora: Estas "utopías" son muy distintas entre sí, pero tienen en común el que describen no sólo una sociedad ideal y perfecta, sino que la describen también con todo detalle (vol. 4, Q-Z: 3363). Por cierto que ni en Lalande ni en Ferrater Mora se cita a Bentham como pensador utópico. Lalande, al referirse al término *utilitaire*, menciona a Bentham como moralista: Bentham a employé utilitarian dès 1781, dans une lettre a Wilson, pour désigner l' orientation morale de sa doctrine. En 1802, il écrit à Dumont, qui s' était servi du terme benthamite, pour repousser cette expression, et

currir a la antigua doctrina, de raigambre griega, del *derecho natural*, cuya fuente última era la razón humana individual. Para los griegos el derecho natural había consistido en una *intuición* acerca de lo que era moralmente correcto. Los estoicos, y más tarde los escolásticos, identificaron el derecho natural con la *razón*. En los siglos XVII y XVIII se pretendió que así como en la ciencia la leyes de la naturaleza podían deducirse por un proceso de razonamiento, a partir de hechos observados relativos a la naturaleza de la materia, así también podían establecerse científicamente la ley moral de la naturaleza. La deducción racional a partir de supuestos hechos de la naturaleza humana ocupó el lugar de la revelación o de la intuición como fuente de la moralidad. La razón podía determinar qué eran las leyes morales universalmente válidas; y se admitió que una vez que se determinaran estas leyes, los seres humanos actuarían en conformidad con ellas, tal como la materia lo hace en conformidad con las leyes de la naturaleza.³⁴

Ya para el siglo XVIII, dice Carr, las líneas principales del pensamiento político utópico estaban firmemente establecidas. Era esencialmente individualista, en tanto hacía de la conciencia humana la instancia suprema en cuestiones morales. Y era esencialmente racionalista, en tanto identificaba la conciencia humana con la voz de la razón. En Francia se lo asoció a una tradición secular y en Inglaterra a una evangélica. Pero fue Jeremy Bentham quien dio al utopismo del siglo XIX su forma característica. Bentham partió del postulado de que “la característica fundamental de la naturaleza humana es buscar el placer y evitar el dolor”. De allí dedujo que el bien consistía en “la mayor felicidad para el mayor número”, a la vez que rechazó como “anárquico” el punto de vista de que había tantos patrones cuantos hombres de correcto e incorrecto. La mayor felicidad del mayor número fue la definición del contenido del derecho natural en el siglo XIX, dice Carr.³⁵

proposer de dire utilitarian en anglais, utilitairien en français ... (o.c., 1176). Ferrater Mora señala que el interés principal de Bentham fue el derecho. Pero agrega: «Bentham es considerado como el fundador y principal representante del utilitarismo ... , dando a éste un sesgo ‘radical’ al formular como primera ley de la ética el llamado principio de interés. Según este principio, el hombre se rige siempre por sus propios intereses, los cuales se manifiestan en busca del placer y en la evitación del dolor —los “dos maestros soberanos” que la naturaleza ha impuesto al ser humano. Por eso el principio del interés es equivalente a un principio de la felicidad. Ahora bien, como la busca del placer por parte del individuo puede entrar en conflicto con la misma busca por parte de otros individuos, es necesario que el aumento de placer y la evitación del dolor no se confinen al reino individual, sino que rijan en toda la sociedad. El principio de la felicidad debe, pues, asegurar la mayor cantidad posible de esta última para la mayor cantidad posible de individuos. Si se califica a la ética de Bentham de hedonista, deberá, pues, agregarse que se trata de un hedonismo social o hedonismo colectivo (vol. 1, A-D 313). Mary Warnock, editora de *Utilitarianism (including John Stuart Mill’s Utilitarianism, On Liberty and Essay on Bentham and Selections from the writings of Jeremy Bentham and John Austin)* Collin/Fontana. London-Glasgow, 1973, dice en su *Introduction* a esta obra que Bentham se interesó fundamentalmente en cuestiones legales y sólo indirectamente en moral: Bentham’s life work, as he conceived it, was two-fold. First, he had to provide a secure foundation of theory for any possible legal system; and secondly he had at the same time to criticize existing legal systems in the light of this theoretical foundation. In practice this programme amounted, in large measure, to a testing of existing legal systems by the criterion of the ‘principle of utility’; for this principle was the foundation of his general jurisprudence. This was his task and it can be seen that he was therefore only very indirectly, if at all, concerned with moral philosophy. For moral philosophy has traditionally been concerned primarily with the conduct of the individual —in which Bentham, however, was interested only in so far as the individual’s conduct might fall under some law, or be subject to some sanction as a breach of a law. In no case is he particularly interested in the individual acts of an individual person. His principle of utility is essentially brought to bear upon whole systems of laws (o.c., 11-12).

34 Carr: o.c., 22-23.

35 Isaiah Berlin en su ensayo *Joseph de Maistre and the Origins of Fascism*, IV, dice: Jefferson and Paine considered the existence of natural rights to be self-evidents, while Bentham thought this nonsense on stilts, and called the

Advierte, sin embargo, que el individualismo y el racionalismo no son elementos necesarios del pensamiento utópico. En efecto, dice, utopismos como el fascismo, el leninismo, y hasta el marxismo, contienen elementos antiindividualistas e irracionales.³⁶

La importancia de la contribución de Bentham tuvo un doble aspecto, dice Carr. En primer lugar, al identificar el bien con la felicidad, proveyó una confirmación razonable a la suposición "científica" de los racionalistas del siglo XVIII, de que el hombre se conformaría infaliblemente a la ley moral de la naturaleza, una vez que su contenido hubiera sido razonablemente determinado. En segundo lugar, preservando el aspecto racionalista e individualista de la doctrina, tuvo éxito en darle una base más amplia. La doctrina de la razón del siglo XVIII era intelectual y aristocrática: se suponía que sólo los filósofos tenían la capacidad de raciocinio para descubrir el bien. Pero ahora que la felicidad era el criterio, lo único que se requería era que el individuo entendiera dónde yacía su felicidad. De allí surgió la teoría de la salvación por medio de la *opinión pública*. Un discípulo de Bentham, James Mill fue quien la formuló. Postuló que, aunque algunos pudieran equivocarse, la mayoría juzgaría correctamente ante la evidencia de una determinada conclusión racionalmente presentada.³⁷

La creencia en que la opinión pública juzgaría correctamente acerca de cualquier cuestión a ella presentada racionalmente, combinada con la suposición de que ella actuaría de acuerdo con este juicio correcto, era una base fundamental del credo liberal, dice Carr. El optimismo del siglo XIX se basaba en una triple convicción: en que la búsqueda del bien era materia de razonamiento correcto; en que la difusión del conocimiento haría pronto posible para cada uno razonar correctamente acerca de este importante asunto; y por último, que cualquiera que razonara correctamente acerca de ello necesariamente actuaría correctamente.³⁸

Declaration of the Rights of Man and Citizen bawling on paper. Cf. Isaiah Berlin. *The Crooked Timber of Humanity*. Chapters in The History of Ideas. Edited by Henry Hardy. Princeton University Press. Princeton, 1997: 107. Berlin, quien se muestra escéptico ante cualquier utopía, y dice por ejemplo en su ensayo *The Decline of Utopian Ideas in the West* (o.c., 48): Immanuel Kant, a man very remote from irrationalism, once observed that 'Out of the crooked timber of humanity no straight thing was ever made'. And for that reason no perfect solution is, not merely in practice, but in principle, possible in human affairs, and any determined attempt to produce it is likely to lead to suffering, disillusionment and failure, no menciona para nada en este ensayo a Bentham como un pensador utópico. De modo que el utopismo que Carr le atribuye al pensamiento de Bentham no tiene aceptación unánime. No obstante, de nuevo las limitaciones, examinar el pensamiento de Bentham y determinar en qué medida fue o no realmente utópico escapa al propósito y alcance de nuestro modesto ensayo. Lo mismo hay que decir del examen que habría que hacer de muchas afirmaciones generales que hace Carr, por ejemplo, concretamente, en el apartado sobre "La fundación del utopismo", las cuales no aparecen, a nuestro entender, suficientemente probadas. Pero, en todo caso, para lo que se propone Carr y para lo que nos toca comprender en nuestro trabajo de su obra, lo importante es que si el utopismo, cualquiera que haya sido su origen, fue el principal componente de la Liga de las Naciones, tanto en su estructura conceptual como en sus actuaciones prácticas, hay que atribuirle la causa del fracaso de esta organización mundial; y el correctivo no podía ser otro que comenzar a pensar en otra organización en la cual se introdujera una buena dosis de realismo, sin perjuicio de que éste no fuera excluyente ni de que posteriormente se añadieran otras variables a la teoría de las relaciones internacionales.

36 Carr: o.c., 23.

37 *Ib.*, 24.

38 *Ib.*, 25.

Estos principios fueron aplicados en líneas generales a los asuntos internacionales. Se llegó a pensar que la opinión pública sería suficiente para prevenir la guerra. En Europa Occidental se admitió cada vez más la doctrina racionalista de que la posesión de creencias morales correctas y el resultado de las acciones correctas podía ser asegurado mediante un proceso de razonamiento. Fue una época en que se proclamó sin reserva la supremacía del intelecto. Comte sostuvo, en su *Cours de Philosophie Positive*, que es la evolución intelectual la que determina esencialmente el curso de los fenómenos sociales; Buckle, en su *History of Civilisation*, afirmó que el disgusto por la guerra es propio de la persona intelectual; y Sir Norman Angell pretendió demostrar, en *The Great Illusion* y otros libros, que la guerra no fue nunca provechosa para nadie. Se pensó que la razón podía demostrar lo absurdo de la anarquía internacional y que, con el incremento del conocimiento, suficiente número de personas se convencerían de tal absurdo y de este modo se le pondría fin.³⁹

Después de 1900, ya nadie sostenía en Gran Bretaña ni otros países europeos las suposiciones del racionalismo de Bentham. Sin embargo, dice Carr, estas suposiciones reaparecieron en la segunda y tercera décadas del siglo XX, en el campo especial de la política internacional, y establecieron las fundaciones de un nuevo edificio utópico. El factor decisivo para la reaparición del benthamismo fue la influencia del presidente americano Woodrow Wilson. La democracia liberal del siglo XIX había funcionado exitosamente en algunos países, gracias a que sus presupuestos coincidieron con el estado de desarrollo de dichos países. Al mismo tiempo, el utilitarismo y el *laissez-faire* sirvieron y dirigieron en ellos el curso de la expansión industrial y comercial. Fue esta conjunción de factores la que se perdió de vista. No se tuvo en cuenta, dice Carr, que la democracia liberal del siglo XIX estaba basada en un balance de fuerzas peculiares al desarrollo económico del período y de los países concernidos y no en ciertos principios racionales a priori que pudieran ser aplicados en otros contextos y producir resultados similares. La generalización de tal aplicación era esencialmente utópica. Ahora bien, fue este punto de vista utópico el que, bajo la inspiración de Wilson, dominó el mundo después de la Primera Guerra Mundial.⁴⁰

La más importante de las instituciones afectadas por este intelectualismo unilateral de política internacional, dice Carr, fue la Liga de las Naciones, que fue el intento de aplicar los principios del liberalismo de Locke a la construcción de una maquinaria que permitiera lograr el orden internacional.⁴¹ Con el *Covenant* se quiso llevar a los asuntos mundiales el punto de vista de una sociedad liberal democrática. Pero este trasplante de nacionalismo democrático de la esfera nacional a la internacional estaba llena de dificultades imprevistas. Cualquier orden social implica una gran estandarización, y por consiguiente de abstracción; no puede haber una regla diferente para cada miembro de la comunidad. La estandarización es relativamente fácil, afirma Carr, para comunidades de no muchos millones de

39 *Ib.*, 25-26.

40 *Ib.*, 27.

41 *Cf. supra*, 3, nota 7.

habitantes conformados más o menos cercanamente a tipos reconocidos. Pero cuando se trata de gran número de estados, que difieren en tamaño, poder y en desarrollo político, económico y cultural, se presentan infinitas complicaciones. La Liga de las Naciones, que fue el primer intento en gran escala para estandarizar problemas políticos internacionales sobre una base racional, fue particularmente susceptible a tales complicaciones.⁴²

Los fundadores de la Liga, algunos de los cuales eran hombres de experiencia y sensatez políticas, dice Carr, habían reconocido ciertamente los peligros de la perfección abstracta. Pero, desafortunadamente, los más influyentes políticos europeos descuidaron la Liga durante sus críticos años formativos. El racionalismo abstracto ganó la ventaja, y a partir de 1922 la corriente utópica se estableció con fuerza en Ginebra. La crítica graficó esta situación diciendo que, tanto en Ginebra como en los despachos de Relaciones Exteriores, existía una suerte de índice de sucesos o situaciones, clasificados, aplicables a cualquier caso concreto de la realidad que se presentara, lo que permitía disponer siempre de la solución adecuada correspondiente.⁴³

Carr afirma que incluso el lenguaje corriente de la época en la Liga de las Naciones mostraba la tendencia a evitar lo concreto a favor de las generalizaciones abstractas, el divorcio entre teoría y práctica. Un hombre de Estado como Winston Churchill y un filósofo como Bertrand Russell, a mediados de la década de los treinta, se daban cuenta de esta situación. Churchill dijo en 1932, no recordar tiempo alguno anterior en el que la brecha entre el lenguaje empleado por los estadistas y lo que realmente estaba ocurriendo hubiera sido mayor. Russell, por su parte, afirmó en 1937, que los metafísicos de Ginebra encontraban difícil creer que una acumulación de textos ingeniosos que prohibían la guerra no eran una barrera contra la guerra misma.⁴⁴ Una vez que los actores de la Liga tuvieron la convicción, dice Carr, de que la salvación estaba en una suerte de índice o catálogo de casos, y en que el difícil flujo de la política internacional podía ser canalizado mediante fórmulas abstractas seguras, inspiradas en las doctrinas de la democracia liberal del siglo XIX, el final de la Liga como instrumento político efectivo estuvo a la vista.⁴⁵

42 Carr: *o.c.*, 28. Admitiendo (dando fe a) lo afirmado por Carr, en el sentido de que el utopismo predominó en la Liga de las Naciones y fue la causa de su fracaso en el intento de organizar los asuntos mundiales y prevenir la guerra, nos inquieta entonces la duda de saber en qué medida, es decir, mediante qué instrumentos de previsión llevados a la práctica, la Organización de las Naciones Unidas (ONU) supuso una superación de los errores de la Liga de las Naciones (aunque las críticas que se han hecho y se siguen haciendo a la ONU son señal de que hay mucho que perfeccionar en ella) y han permitido que mal que bien la ONU siga subsistiendo y cumpla hasta cierto punto un papel importante en el mantenimiento de la paz mundial global (a pesar de las guerras localizadas que no pudo impedir, como Corea, Vietnam, El Golfo, Los Balcanes y otras menores, si bien no menos sangrientas —Afganistán, Chechenia; así como también sin perjuicio de que algunas de sus resoluciones no se cumplan, *e.g.*, las relativas a la cuestión palestina por parte de Israel). Entendemos que habría que hacer un estudio comparativo del *Covenant* y de la Carta de la ONU y de las distintas circunstancias que históricamente rodearon a ambos instrumentos, aunado al hecho de los poderosos disuasivos militares (realismo, poder) de los que desde el fin de la Segunda Guerra Mundial disponen las grandes potencias, coordinados, en el caso euroamericano, en organizaciones como la OTAN.

43 *Ib.*, 28-29.

44 *Ib.*, 30.

45 *Ib.*, 31.

Tampoco tuvo mejor fortuna el intento de trasplantar a la esfera internacional la fe liberal en la opinión pública. La creencia del siglo XIX en la opinión pública consistía en admitir, primero, que ésta prevalecería en el largo plazo; segundo, que ella siempre es correcta. Los primeros intentos que invocaron la opinión pública como una fuerza en el mundo internacional, fueron hechos en Estados Unidos por el presidente Taft hacia 1909. Posteriormente el presidente Wilson continuó en esta línea de convicción. Al entrar Estados Unidos en la guerra, Wilson afirmó: *Statesmen must follow the clarified common thought or be broken*. Más tarde, al dirigirse a París a la Conferencia de Paz, sostuvo que la Conferencia debía estar preparada para seguir y expresar las opiniones y la voluntad del pueblo más bien que las de los líderes de la Conferencia, si se quería evitar otra ruptura del mundo. Estas ideas de Wilson jugaron un papel importante en el trabajo de la Conferencia.⁴⁶

Cuando la Cámara de los Comunes debatió la ratificación del Tratado de Versalles, en julio de 1919, Lord Cecil fue el principal expositor del *Covenant* de la Liga. Dijo en esa ocasión que en general no había intento alguno en depender de nada como un super Estado; no había intento alguno en depender del uso de la fuerza para llevar a cabo una decisión el Consejo de la Asamblea de la Liga. Sólo se dependía de la opinión pública. Y afirmó que si en eso se erraba, todo estaba errado. Esta misma idea la reiteró en 1923 al hablar ante la Conferencia Imperial y luego en la Primera Reunión de la Liga de las Naciones.⁴⁷

El fracaso del utopismo

El fracaso del utopismo ocurrió bastante súbitamente. En septiembre de 1931 Lord Cecil sostuvo, ante la Asamblea de la Liga de las Naciones, que rara vez había habido antes un período de la historia mundial cuando la guerra había parecido tan poco probable como en ese momento. Sin embargo, muy pocos días después, ese mismo mes, Japón abrió su campaña en Manchuria. A partir de este momento, otra serie de hechos mostraron que las premisas que se habían venido sosteniendo acerca del orden mundial estaban divorciadas de la realidad. Especialmente la creencia en "la condena por la opinión pública internacional" se vio desvirtuada completamente. El que se siguiera sosteniendo en Estados Unidos la creencia en la fuerza de la opinión pública, se interpretó en Europa como un indicio de la renuencia americana a recurrir a armas más poderosas. En 1932 Churchill denunció en la Liga de las Naciones la ingenuidad de esta organización por continuar predicando convicciones ya desgastadas. En 1938, después que Alemania se anexó Austria, el propio Lord Cecil [de regreso de sus tesis anteriores] preguntó indignado si el primer ministro Neville Chamberlain sostenía que el uso de la fuerza material era impracticable y si la Liga debía cesar de intentar sanciones y limitar sus esfuerzos a la fuerza moral.⁴⁸

⁴⁶ *Ib.*, 31-33.

⁴⁷ *Ib.*, 35.

⁴⁸ *Ib.*, 36-37.

El escepticismo se extendió no sólo a la premisa de que la opinión pública ciertamente había de prevalecer, sino a que ella ciertamente fuera correcta. En la Conferencia de Paz se observó que los estadistas eran a veces más razonables y moderados que la opinión pública que se suponía que ellos representaban. El prestigio de la opinión pública declinó entre quienes apoyaban la Liga de las Naciones. Los intelectuales de los asuntos internacionales tenían posiciones unánimes acerca de las líneas de acción que debían seguirse en materia, política y económica. Pero los gobiernos de muchos países actuaron en sentido contrario y fueron respaldados en las urnas electorales por la opinión pública. Se abrió cada vez más la brecha entre teoría y práctica.⁴⁹

Carr sostiene que es una evasión sin sentido pretender que lo que ocurrió no fue un fracaso de la Liga de las Naciones, sino sólo el fracaso de aquellos que rehusaron hacerla funcionar. El colapso de los años treinta, dice Carr, fue demasiado abrumador para ser explicado meramente en términos de acción o inacción. El fracaso de la Liga de las Naciones acarrió la bancarrota de los postulados en los cuales ella había sido basada. Ahora bien, si las suposiciones del liberalismo del siglo XIX son de hecho insostenibles, no es sorprendente que la utopía de los teóricos internacionales causaran tan poca impresión sobre la realidad. Pero si ellas son insostenibles hoy en día [1939], afirma Carr, habrá que explicar por qué encontraron tan amplia aceptación, e inspiraron tan espléndidos logros en el siglo XIX.⁵⁰

La doctrina de la *armonía de intereses*

En el siglo XIX se admitió, y ello influyó en la política internacional, la denominada doctrina de la *armonía de intereses*. Constituye un problema de filosofía política, dice Carr, el determinar por qué las personas deben someterse a reglas de conducta, que son las que permiten la existencia de cualquier sociedad nacional o internacional. A esta interrogante se dan dos tipos de respuestas. Una de ellas sostiene que la obligación deriva de una intuición acerca de lo que es correcto y ello no es demostrable mediante argumentos racionales. Para quienes tal cosa afirman, la ética tiene primacía sobre la política, lo que significa que es deber del individuo someterse, por consideración a la comunidad como totalidad, sacrificando su propio interés al interés de otros, más numerosos o más merecedores. La otra

49 *Ib.*, 37-38.

50 *Ib.*, 40. Como ya hemos acotado (*Cf. supra*, nota 35, *in fine*), el lector desearía, ante estas afirmaciones generales de Carr, una nota de pie de página en donde el autor precisara el texto. ¿A qué países en concreto se refiere Carr cuando habla de *such splendid achievements, in the nineteenth century*? El siglo XIX no fue precisamente tranquilo en Europa continental. La historia política y social de Francia, por ejemplo, es de una turbulencia terrible después de la caída de Napoleón. La guerra francoprusiana es ejemplo también de la inestabilidad política europea del siglo XIX. Tampoco en América, ni en el Norte ni en el Sur, hubo una paz bucólica en ese siglo. Aunque fue la época de la expansión territorial norteamericana, ciertamente, luego de la cruenta Guerra de Secesión de mediados del siglo, y la del surgimiento de su poderío industrial y militar; todo ello impulsado por una muy importante corriente migratoria europea. Si la referencia es sólo a Gran Bretaña, entonces sí. Miel sobre hojuelas. Es la época del Imperio, del dominio del mar y del comercio; todo ello en medio del desarrollo de la revolución industrial, con su maquinaria y, en especial, del ferrocarril, movidos con la fuerza del vapor de James Watt. También es la época del reparto de África y de otras partes del mundo por las potencias europeas. Con todo, hubiera sido de desear la precisión aludida.

respuesta parte de la primacía de la política sobre la ética. Sostiene que la mayoría gobierna porque es más fuerte y que la minoría se somete porque es más débil. La obligación deriva así de una suerte de ética espuria que se basa en reconocer que el poder es lo correcto.⁵¹

El hombre moderno, dice Carr objetó ambas respuestas. Por una parte, estuvo renuente a admitir que pudiera haber conflicto entre razón y obligación. Por otra parte, como a muchos otros hombres en épocas anteriores, no le resultaba satisfactorio el punto de vista de que la base racional de la obligación fuera simplemente el derecho del más fuerte. El utópico de los siglos XVIII y XIX creyó resolver ambas dificultades conjuntamente. Sostuvo, por una parte, que la obligación del individuo de someterse a reglas de conducta tiene un carácter ético que es independiente del derecho del más fuerte. Por otra parte, sostuvo, a diferencia del realista, que el deber del individuo de someterse a reglas hechas en el interés de la comunidad puede ser justificado en términos de razón; y que el mayor bien del mayor número es un fin racional, incluso para aquellos que no están incluidos en el mayor número. El utópico logra esta síntesis al mantener que el mayor interés del individuo y el mayor interés de la comunidad coinciden naturalmente. Al perseguir su propio interés, el individuo persigue el de la comunidad y al promover el interés de la comunidad, promueve el suyo propio. Ésta es la famosa doctrina de la *armonía de intereses*, que es un corolario del postulado de acuerdo con el cual las leyes morales pueden ser establecidas por el correcto razonamiento.⁵²

La doctrina de la *armonía de intereses* fue popularizada, afirma Carr por la escuela de economía política de Adam Smith⁵³ del *laissez-faire*. El propósito de esta escuela era promover la remoción del control del Estado en materias económicas. La prueba de que se podía confiar en el individuo, sin control externo, para promover los intereses de la comunidad, porque éstos eran idénticos a los de aquél, se ofreció en *The Wealth of Nations*.⁵⁴ Adam Smith divide la comunidad en tres grandes sectores: los que viven *by rent*, los que viven *by wages*, y los que viven *by profit*. Adam Smith sostiene que los intereses de estos tres grandes sectores están estricta e inseparablemente conectados con los intereses generales de la sociedad. La armonía es real aunque los concernidos no tengan conciencia de ella. El individuo, dice Smith, ni intenta promover el interés público ni sabe cuánto de él está promoviendo. Sólo intenta su propia ganancia, y en esto, como en muchos otros casos, es conducido por *una mano invisible* para promover un fin que no era parte de su intención.⁵⁵

La forma que Adam Smith dio a la *armonía de intereses*, dice Carr, era aplicable a la economía del siglo XVIII. Presuponía una sociedad de pequeños productores y

51 *Ib.*, 41-42.

52 *Ib.*, 42.

53 Adam Smith (Kirkcaldy, Scotland, 1723-Edinburgh, 1790). Cf. Adam Smith. *The Wealth of Nations*. Edited by Andrew Skinner. Penguin Books. Bungay, Suffolk, 1974.

54 *The Wealth of Nations* fue publicado por primera vez en 1776.

55 Carr: *o.c.*, 43.

comerciantes, interesados en la maximización de la producción y el intercambio, infinitamente móvil, adaptable y despreocupada de los problemas de la distribución del bienestar. Estas condiciones se realizaron mientras la producción no supuso altos grados de especialización e inversión de capital en equipos fijos, y cuando la clase que podía estar interesada en una equitativa distribución del bienestar más que en su máxima producción era insignificante y sin influencia. Pero la invención de la máquina de vapor por Watt en 1776, el mismo año de la publicación de *The Wealth of Nations*, que había de impulsar la revolución industrial, daría origen a una industria gigantesca, inmóvil, altamente especializada, y a un grande y poderoso proletariado más interesado en distribución que en producción. Una vez que el capitalismo y el sistema de clases llegó a ser la estructura reconocida de la sociedad, afirma Carr, la doctrina de la *armonía de intereses* adquirió una nueva significación: se convirtió en la ideología de un grupo dominante, interesado en mantener su predominio aseverando la identidad de sus intereses con los de la comunidad como totalidad.⁵⁶

Esta transformación fue posible, dice Carr, y la doctrina de la *armonía de intereses* no habría sobrevivido, de no haber sido por la expansión en paralelo de la producción, población y prosperidad, que marcaron los cien años siguientes a la publicación de *The Wealth of Nations*. La expansión de la prosperidad contribuyó a la popularidad de la doctrina de la *armonía de intereses* de tres maneras: atenuó la competencia por la búsqueda de mercados entre los productores, ya que siempre se hallaban unos nuevos; pospuso la cuestión de las clases, con su insistencia en la importancia primaria en distribución equitativa, al extender a los miembros de las clases menos prósperas algo de la prosperidad general; y creó un sentido de confianza en el bienestar presente y futuro, animando a los hombres a creer en que el mundo estaba ordenado en un plan racional como el de la armonía de intereses. La tácita presuposición de mercados infinitamente en expansión fue la fundación sobre la cual descansó la supuesta *armonía de intereses*.⁵⁷

Se supuso entonces que lo que era verdad de los individuos lo era también de las naciones. Así como los individuos, persiguiendo su propio bien inconscientemente logran el bien de la comunidad, así las naciones al servirse ellas mismas sirven a la humanidad. La libertad de comercio universal se justificó sobre la base de que el máximo interés de cada nación estaba identificado con el máximo interés económico del mundo todo. Se admitió igualmente, por parte de los escritores liberales hasta 1918, que el nacionalismo promovía la causa del internacionalismo. Wilson y otros constructores de los tratados de paz vieron en la autodeterminación la llave para la paz mundial.⁵⁸

Excepto Gran Bretaña, dice Carr, ningún país había sido lo suficientemente poderoso comercialmente como para creer en la armonía internacional de intereses eco-

⁵⁶ *Ib.*, 44.

⁵⁷ *Ib.*, 44-45.

⁵⁸ *Ib.*, 45-46.

nómicos. Las industrias americanas y alemanas se construyeron con tarifas protectoras y a finales del siglo XIX amenazaban el monopolio británico. Las doctrinas de Marx con influencia de Hegel, promovían una guerra de clases entre grupos de intereses económicos; surgieron partidos de la clase trabajadora que rehusaron firmemente creer en la armonía de intereses entre el capital y el trabajo. Por otra parte, Darwin propugnó y popularizó la doctrina biológica de la evolución a través de una lucha perpetua por la vida y la eliminación del no apto. En la última mitad del siglo XIX se llegó a admitir que la competencia en la esfera económica, que siempre había sido encomiada por el *laissez-faire*, implicaba exactamente lo que Darwin proclamaba como ley biológica de la naturaleza, es decir, la supervivencia del más fuerte a expensas del más débil. La doctrina de la *armonía de intereses* pasó a significar entonces que el bien de la comunidad (de la especie) era idéntico al de sus miembros individuales, pero sólo de aquellos individuos que fueran efectivamente competidores en la lucha por la vida. Estas ideas fueron trasplantadas a la esfera internacional. La doctrina de la eliminación de las naciones no aptas pareció un corolario concordante con la de la eliminación de los individuos no aptos. Fue ésta una idea subyacente en el imperialismo de las potencias dominantes de fines del siglo XIX, para las cuales la doctrina de la *armonía de intereses* en el plano internacional se entendió como el sacrificio de los no aptos africanos y asiáticos.⁵⁹

Esta reinterpretación de la doctrina de la *armonía de intereses* tuvo repercusiones para la moralidad, dice Carr. Durante más de cien años la doctrina había provisto una base racional en el ámbito moral. Al individuo se le había requerido servir a la comunidad arguyéndosele que el interés de ésta era el suyo propio. Pero ahora que la armonía estaba precedida de una lucha por la vida entre individuos, en que no sólo el bien sino la misma existencia del perdedor se eliminaban, la moralidad de la doctrina perdía atractivo racional para los posibles perdedores. Hacia 1914 sólo en Gran Bretaña se seguía defendiendo la doctrina de la libre competencia. Pero ningún pensador serio admitía ya la base filosófica del *laissez-faire*, que suponía sacrificar a los débiles.⁶⁰

Curiosamente, dice Carr, estas doctrinas ya obsoletas u obsolescentes antes de la guerra de 1914, fueron reintroducidas en el período de posguerra, en gran medida por inspiración americana, en el campo de los asuntos internacionales. Esto se vio con evidencia en el caso de la doctrina de la armonía de intereses del *laissez-faire*. En Estados Unidos, la persistencia de mercados domésticos en expansión, defendidos de la competencia externa mediante tarifas protectoras, se mantuvo hasta 1929. La armonía natural de intereses permaneció como parte integral de la idea americana de vida. Las ideas corrientes acerca de la política internacional estuvieron fuertemente imbuidas de la tradición americana. Hubo en especial una razón para la rápida aceptación de la doctrina del *laissez-faire* en la esfera

⁵⁹ *Ib.*, 46-48.

⁶⁰ *Ib.*, 49-50.

internacional. Se admitía sin dificultad que el Estado debía crear armonía si no existía la armonía natural. Pero en política internacional, donde no había un poder organizado encargado de la tarea de crear armonía, se tendió a admitir la existencia de una armonía natural. Ahora bien, dice Carr, hacer de la *armonía de intereses* el objetivo de la acción política no es lo mismo que postular la existencia de una armonía natural de intereses. Es este último postulado el que ha causado tanta confusión en el pensamiento internacional.⁶¹

En política, afirma Carr, la doctrina de la *identidad de intereses* ha supuesto, con influencia anglosajona, que cada nación tiene idénticos intereses en la paz, y que cada nación que desea perturbar la paz es, en consecuencia, tanto irracional como inmoral. Después de 1918 era fácil convencer a los países de habla inglesa de que la guerra no producía beneficios a nadie. Sin embargo, otros países que debían su misma existencia a las guerras, como Polonia o Checoslovaquia, o que sí habían en el pasado obtenido beneficio de ellas, como Francia, que había reivindicado la Alsacia-Lorena, o como Alemania, no compartían aquella tesis. Esta última atribuía los males de la última guerra sólo al hecho de haberla perdido, no a la guerra misma. Escritores británicos y americanos continuaron suponiendo que la inutilidad de la guerra había sido demostrada por la experiencia de 1914-1918. La suposición utópica de que había un interés mundial en la paz, identificable con el interés de cada nación individual, ayudó a los políticos y escritores políticos en todas partes a evadir el hecho desagradable de una fundamental divergencia de intereses entre naciones deseosas de mantener el *statu quo* y naciones deseosas de cambiarlo. La divergencia de intereses fue ocultada y falseada mediante un discurso trivial, producto de un deseo general de evitar el conflicto.⁶²

En materia de relaciones económicas, dice Carr, la suposición de una *armonía general* se hizo, incluso, con mayor confianza, porque aquí había una reflexión directa sobre la importante doctrina del *laissez-faire* económico. El experto económico, dominado fundamentalmente por esta doctrina, consideraba el hipotético interés económico del mundo como una totalidad, y estaba satisfecho al suponer que éste era idéntico al interés de cada país individual. Por su parte, el político perseguía el interés de su país y suponía, probablemente, que éste era idéntico al interés del mundo considerado como un todo. En la Conferencia de Expertos Económicos de la Liga de las Naciones de 1927, se declaró que cualquier política de nacionalismo estricto era dañina no sólo para la nación que la practicara, sino también para los demás. Se requería, en consecuencia, que cualquier programa de ejecución incluyera necesariamente, como factor esencial, principios de acción *paralela o concertada* por las diferentes naciones. La consecuencia de estas recomendaciones fue su unánime inaplicación. Si se descarta, dice Carr, que los principales estadistas del mundo eran criminales o locos, debe sospecharse de la validez de las recomendaciones de la Liga de las Naciones. Por otra parte, agrega,

61 *Ib.*, 50-51.

62 *Ib.*, 51-53.

sería temerario suponer que el nacionalismo económico es necesariamente perjudicial para los estados que lo practican. De hecho, en el siglo XIX, una política de estricto nacionalismo colocó a Estados Unidos y a Alemania en posición de desafiar el virtual monopolio mundial del comercio que tenía Gran Bretaña. Ninguna conferencia de expertos económicos, que se hubiera reunido en 1880, hubiera podido desarrollar un *plan general* para una *acción paralela o concertada* para disminuir las rivalidades económicas del tiempo de modo igualmente ventajoso para Gran Bretaña, Alemania y Estados Unidos. Fue esto lo que ocurrió en 1927.⁶³

La teoría económica, en tanto opuesta a la práctica económica, estuvo tan poderosamente dominada por la supuesta *armonía de intereses* en los años de entre guerras, dice Carr, que es difícil encontrar, en las innumerables discusiones internacionales de ese período, alguna exposición clara del problema que preocupaba a los estadistas mundiales. En medio de esta situación, la crítica de los pequeños países a la doctrina del *laissez-faire* económico mundial, propugnado por las grandes potencias en la Liga de las Naciones, se resumía en señalar, por una parte, que la vida económica y social es demasiado complicada como para permitir una solución mediante una fórmula única; era necesario, se argüía, encontrar soluciones complicadas que tuvieran en cuenta la diversidad de condiciones geográficas, políticas, sociales y otras. Por otra parte, se decía, era una falacia suponer que, porque Gran Bretaña y Estados Unidos tuvieran interés en remover las barreras comerciales, esto interesara también a los pequeños países. Carr sostiene que el *laissez-faire*, así en relaciones internacionales como entre capital y trabajo, es el paraíso de los económicamente fuertes. El control del Estado, ya en la forma de legislación protectora o tarifas protectoras, es el arma de autodefensa invocada por los económicamente débiles. El choque de intereses era real e inevitable y se distorsionaba toda la naturaleza del problema con un intento por ocultarlo.⁶⁴

Por consiguiente, afirma Carr, debe rechazarse como inadecuado y engañoso el intento de basar la moralidad internacional sobre una supuesta *armonía de intereses*, que identifica el interés de toda la comunidad internacional de naciones con el interés de cada miembro individual de ella. Este intento tuvo éxito [para Gran Bretaña sobre todo, para Alemania y Estados Unidos] durante el siglo XIX, gracias a una economía continuamente en expansión, con algunos retrocesos menores. Hubo territorios inexplorados y desocupados, mano de obra barata y países atrasados que no habían llegado al nivel de conciencia política. Los individuos emprendedores podían resolver sus problemas económicos con la emigración y las naciones emprendedoras con la colonización. Los mercados en expansión produjeron una población también en expansión, y la población, a su vez, reaccionó sobre los mercados. Aquellos que fueron dejados atrás en la carrera pudieron ser considerados como los no aptos. Una *armonía de intereses* entre los aptos, basada sobre la empresa individual y libre competencia, estuvo suficientemente cerca de

63 *Ib.*, 54-57.

64 *Ib.*, 57-60.

la realidad para formar una base segura a esta doctrina. Con alguna dificultad la ilusión se mantuvo hasta 1914.⁶⁵

La transición de la aparente *armonía de intereses* al transparente *choque de intereses* puede ubicarse cerca de la vuelta del siglo, dice Carr. Ocurrieron diversas tensiones en el mundo, especialmente en Europa. De aquí partió una emigración sin precedentes hacia Estados Unidos. La Primera Guerra Mundial procedió de estas tensiones y las agravó mucho más. Después de la guerra cada país luchó por mantener su producción. Se invocó el nacionalismo para justificar la lucha. Las cláusulas vindicatorias de los tratados de paz, en especial las económicas, se debieron a que los hombres prácticos ya no creían —como lo habían hecho cincuenta o cien años atrás— en la armonía de intereses entre victoriosos y derrotados. El objetivo era ahora eliminar un competidor, el renacimiento de cuya prosperidad podía amenazar la propia. En Europa se intensificó la lucha por la creación de nuevos estados y nuevas fronteras económicas. En Asia, India, China y Japón se desarrollaron en gran escala manufacturas que socavaron las europeas en el mercado mundial. Pero lo más importante de todo, dice Carr, fue que ya no hubo más espacios abiertos esperando desarrollo y explotación baratos y provechosos. Se cerraron las amplias avenidas de la emigración y surgió el problema de los refugiados. El complejo problema del nacionalismo se extendió por el mundo. El carácter fundamental de este choque de intereses, afirma Carr, fue obvio para todos, excepto para los confirmados utópicos que dominaban el pensamiento económico de los países de habla inglesa. Fue puesta en evidencia el vacío de la premisa banal de que nadie puede beneficiarse del daño de otro. El presupuesto básico del utopismo [la *armonía de intereses*] se había roto, dice Carr.⁶⁶

Carr concluye estas importantes reflexiones, afirmando que en ese momento crucial de la historia [1939] a lo que se había llegado era a una completa bancarrota del concepto de la moralidad que había dominado el pensamiento político y económico durante un siglo y medio:

What confront us in international politics to-day is, therefore, nothing less than the complete bankruptcy of the conception of morality which has dominated political and economic thought for a century and half. Internationally, it is no longer possible to deduce virtue from right reasoning, because it is no longer seriously possible to believe that every state, by pursuing the greatest good of the whole world is pursuing the greatest good of its own citizens, and *vice versa*. The synthesis of morality and reason, at any rate in the crude form in which it was achieved by nineteenth-century liberalism, is untenable. The inner meaning of the modern international crisis is the collapse of the whole structure of utopianism based on the concept of the harmony of interests. The present generation will have to rebuild from the foundations. But before we can do this, before we can ascertain what can be salvaged from the ruins, we must examine the flaws in the structure which

⁶⁵ *Ib.*, 60-61.

⁶⁶ *Ib.*, 61-62.

led to its collapse; and we can best do this by analyzing the realist critique of the utopian assumptions.⁶⁷

La crítica del *realismo*

El realismo constituyó una reacción contra el utopismo. Fue la ruptura del sistema medieval, dice Carr, la que hizo surgir la divergencia entre teoría política y práctica política. Machiavelli⁶⁸ fue el primer realista político importante. Los tres principios fundamentales de su doctrina son el fundamento de la filosofía realista. En primer lugar, la historia es una secuencia de causa y efecto, cuyo curso puede ser analizado y entendido mediante esfuerzo intelectual, pero no (como creen los utópicos) por la imaginación. Segundo, contrariamente a lo que creen los utópicos, la teoría no crea la práctica, sino la práctica la teoría. Tercero, a diferencia de lo que pretenden los utópicos, la política no es función de la ética, sino la ética de la política. Machiavelli reconocía la importancia de la moralidad, pero pensaba que ésta no podía ser efectiva sin efectiva autoridad. La moralidad es el producto del poder.⁶⁹

Los pensadores sucesivos de los siglos siguientes hicieron aportes significativos a la filosofía política realista: Bacon, Bodino, Hobbes, Spinoza, Hegel, Marx, y otros. Pero fue Hegel el que concibió la historia como un proceso racional. Marx introdujo la variable económica para la interpretación de la historia y Buckle propuso una interpretación geográfica de ella. Por su parte, Spengler sostenía que los eventos históricos estaban determinados por leyes cuasibiológicas, las cuales gobernaban el crecimiento y decaimiento de las civilizaciones. Sin embargo, dice Carr, el logro más significativo el moderno realismo ha sido revelar, no meramente el carácter determinista del proceso histórico, sino el carácter relativo y pragmático del pensamiento mismo. En esta línea de pensamiento, el realista ha podido demostrar que las teorías intelectuales y las premisas éticas del utopismo, lejos de ser la expresión de principios absolutos y a priori, están condicionadas históricamente, siendo, tanto productos de circunstancias e intereses como armas diseñadas para la prosecución de intereses. Para Bertrand Russell, las nociones éticas rara vez son la causa, más bien son casi siempre un efecto, un medio para reclamar una autoridad legislativa universal para nuestras propias preferencias; no como suele imaginarse la base real de esas preferencias. Para Carr, es éste el ataque más formidable que tiene que encarar el *utopismo*, porque esta crítica del *realismo* socava las fundaciones mismas de sus convicciones.⁷⁰

En la política contemporánea británica y americana, afirma Carr, la influencia más poderosa ha provenido de aquellos estadistas utópicos sinceramente convencidos de que la política se deduce de principios éticos, no los principios éticos de la política. Carr sostiene que el realista está obligado a descubrir la oquedad de

67 *Ib.*, 62.

68 Machiavelli, Niccolò (1469-1527).

69 Carr: *o.c.*, 63-64.

70 *Ib.*, 64-68.

esta convicción. Woodrow Wilson sostuvo, en 1917 ante el Congreso, que “el derecho es más importante que la paz”; y Briand, diez años más tarde ante la Liga de las Naciones, que “la paz precede a todo”, que “la paz precede incluso a la justicia”. Considerados como principios éticos, dice Carr, estas dos afirmaciones contradictorias de Wilson y Briand, correspondientes a políticas diferentes, no es que hayan sido deducidas de principios opuestos, sino que tales principios éticos fueron deducidos de esas políticas. Los principios meramente reflejan diferentes políticas nacionales, diseñadas para enfrentar diferentes condiciones.⁷¹

A partir de este momento, dice Carr, la tarea del realista es echar abajo la estructura de cartón del pensamiento utópico, exponiendo la inconsistencia del material del cual está construido. El arma de la relatividad del pensamiento debe ser usada para demoler el concepto utópico de un estándar fijo y absoluto, mediante el cual deben ser juzgadas políticas y acciones. Si las teorías se revelan como una reflexión de prácticas y principios de necesidades políticas, este descubrimiento se aplicará a las teorías y principios fundamentales del credo utópico, y no menos a la doctrina de la *armonía de intereses*, que es su postulado esencial.⁷²

Las teorías de moralidad social, dice Carr, son siempre el producto de un grupo dominante que se identifica a sí mismo con la comunidad como un todo y que posee facilidades, negadas a grupos o individuos subordinados, para imponer su punto de vista en la comunidad. Las teorías de moralidad internacional son, por las mismas razones y en virtud del mismo proceso, el producto de naciones o grupos de naciones dominantes. Durante los pasados cien años, dice Carr, especialmente después de 1918, los países de habla inglesa formaron el grupo dominante en el mundo; y las teorías corrientes de moralidad internacional fueron diseñadas para perpetuar su supremacía y expresadas en su idioma propio. De modo que la opinión de que los países de habla inglesa monopolizan la moralidad internacional y de que son consumados hipócritas, afirma Carr, se explica por el simple hecho de que los cánones corrientes de virtud internacional fueron creados por ellos.⁷³

La crítica realista a la *armonía de intereses*

La doctrina de la *armonía de intereses* permite un análisis a la luz de este principio, dice Carr. Ella constituye la suposición natural de una clase próspera y privilegiada, cuyos miembros tienen una voz dominante en la comunidad y por consiguiente tienden a identificar el interés de ésta con los suyos propios. La doctrina de la *armonía de intereses* ha servido como un artificio moral ingenioso invocado, con perfecta sinceridad, por grupos privilegiados para justificar y mantener su posición predominante.⁷⁴

71 *Ib.*, 73.

72 *Ib.*, 75.

73 *Ib.*, 79-80.

74 *Ib.*, 80.

Sin embargo, afirma Carr, debe observarse el siguiente aspecto del problema. La supremacía del grupo privilegiado dentro de la comunidad es a veces tan avasallante, que de hecho hay un sentido en el que sus intereses coinciden con los de la comunidad. En efecto, el bienestar del grupo privilegiado acarrea en alguna medida el bienestar de otros miembros de la comunidad, y recíprocamente, su colapso implicaría el de la comunidad como totalidad. En el siglo XIX ocurrió esto en Gran Bretaña. El predominio del industrial y del comerciante era tan grande, que hubo un sentido en el que se podía afirmar que había identidad entre su prosperidad y la prosperidad británica en su conjunto. No obstante, la doctrina de la *armonía de intereses* y de la solidaridad entre las clases debió haber parecido una burla amarga al trabajador no privilegiado, cuyo estatus inferior y posición insignificante en la "prosperidad británica" estaban consagrados por aquélla; pronto fue lo suficientemente fuerte como para forzar el abandono del *laissez-faire* y su sustitución por el "estado de servicio social", que implícitamente niega la natural *armonía de intereses* e inicia la creación de una nueva armonía por medios artificiales.⁷⁵

El mismo análisis puede hacerse respecto a las relaciones internacionales. Los estadistas británicos del siglo XIX, habiendo descubierto que el libre comercio promovía la prosperidad británica, estaban sinceramente convencidos de que aquél promovía también la del mundo en su conjunto. Y el inmenso predominio del comercio mundial británico justificó el punto de vista de que había una armonía entre los intereses británicos y los intereses del mundo. Pero también a escala mundial ocurrió que la supuesta *armonía de intereses* resultaba una burla para las naciones no privilegiadas, cuyo estatus inferior e insignificante posición en el comercio internacional resultaban consagrados por esa doctrina. Cuando la competencia de todos contra todos reemplazó el dominio del mercado mundial por una sola potencia, las concepciones de una moralidad económica internacional necesariamente se hicieron caóticas.⁷⁶

Políticamente, la alegada comunidad de intereses en el mantenimiento de la paz se capitaliza de la misma manera por una nación o grupo de naciones dominantes, dice Carr. Exactamente como la clase gobernante en una comunidad reza por la paz doméstica, que garantiza su propia seguridad y predominio, y denuncia una guerra de clases que puede amenazarlos, así la paz internacional se convierte en un interés especial creado de las potencias predominantes.⁷⁷

La crítica realista del *internacionalismo*

El concepto de *internacionalismo* es una forma especial de la doctrina de la *armonía de intereses*, dice Carr. Permite el mismo análisis y hay las mismas dificultades en considerarlo como un estándar absoluto independiente de los intereses y políticas de aquellos que lo dieron a conocer. Así como los argumentos para la "solidaridad

⁷⁵ *Ib.*, 80-81.

⁷⁶ *Ib.*, 81-82.

⁷⁷ *Ib.*, 82.

nacional” en política doméstica siempre vienen de un grupo dominante, que puede usar esta solidaridad para fortalecer su propio control sobre la nación entera, así los argumentos para la “solidaridad internacional” y unión mundial vienen de naciones dominantes que pueden esperar ejercer control sobre un mundo unificado. De otro lado, los países que están luchando para entrar al grupo dominante tienden naturalmente a invocar nacionalismo contra el internacionalismo de las potencias que tienen el control. “Orden internacional” y “solidaridad internacional” serán siempre, dice Carr, eslóganes de aquellos que se sienten suficientemente fuertes para imponerse a otros.⁷⁸

La exposición de las bases reales de los principios abstractos admitidos y comúnmente invocados en política internacional, es la mayor condena y la parte más convincente de la acusación realista del utopismo, afirma Carr. La naturaleza del cargo es frecuentemente incomprendida por aquellos que buscan refutarlo. No se trata, dice Carr, que Wilson, quien pensaba que el derecho es más valioso que la paz; que Briand, quien pensaba que la paz venía incluso antes que la justicia; o que Eden, quien creía en la seguridad colectiva, fracasaran ellos mismos o fracasaran en inducir a sus compatriotas a aplicar esos principios consistentemente. Lo que importa [ésta es la crítica realista al utopismo] es que esos supuestos principios absolutos y universales no eran tales, sino las inconscientes reflexiones de planes nacionales de gobierno basados sobre una particular interpretación del interés nacional en un tiempo determinado.⁷⁹

La bancarrota del utopismo, dice Carr, no reside en su fracaso en actuar de acuerdo con sus principios, sino en su evidente incapacidad de proveer ningún absoluto y desinteresado estándar para la conducta de los asuntos internacionales. El utópico, enfrentado al colapso de estándares cuyo carácter interesado él ha fallado en penetrar, se refugia en la condenación de una realidad que rehúsa conformarse a esos estándares.⁸⁰

Las limitaciones del *realismo*

La exposición por la crítica realista de la oquedad del edificio utópico es la tarea principal del pensador político, afirma Carr. Sólo cuando el engaño ha sido demolido puede haber alguna esperanza de levantar una más sólida estructura en su lugar. Pero Carr no es un realista a ultranza, pues percibe la insuficiencia del realismo. Por eso señala que no puede encontrarse un lugar de descanso sólo en realismo. Porque el realismo, aunque es lógicamente avasallante, no provee los resortes de la acción, que son necesarios, incluso, para la prosecución del pensamiento. En el realismo, dice, también existen condicionamientos. En política, la creencia de que ciertos hechos son inalterables o ciertas tendencias son irresistibles, comúnmente reflejan carencia de deseo de cambiarlos o resistirlos. Para Carr, la impo-

⁷⁸ *Ib.*, 85-87.

⁷⁹ *Ib.*, 87.

⁸⁰ *Ib.*, 88.

sibilidad de ser un realista consistente y cabal es una de las más certeras y curiosas lecciones de la ciencia política. Carr señala en ese sentido que el realismo consistente excluye cuatro cosas que son ingredientes esenciales de todo pensamiento político efectivo: un objetivo finito; un atractivo emocional; un derecho a formular un juicio moral; y una base para la acción. La concepción de la política [que se deriva de un realismo puro] como un proceso infinito parece a larga no congeniar, ser incomprendible a la mente humana. Todo pensador político, afirma Carr, que desee hacer un llamado a sus contemporáneos, es conducido consciente o inconscientemente a proponer un objetivo finito.⁸¹ [Lo que supone entender la política, a diferencia del realista, como un proceso histórico finito, o si se quiere, como etapas finitas de un proceso histórico que si bien está inmerso en realidades que condicional al hombre, sujeto de la acción, también está fuertemente influido por la voluntad del hombre, por la libertad del hombre. Y esto no puede hacerlo el realismo puro, que es esencialmente determinista, negador por consiguiente de la libertad].

Carr afirma que la necesidad, reconocida por todos los políticos, tanto en los asuntos domésticos como en los internacionales, de revestir los intereses con un traje de principios morales es en sí misma un síntoma de la insuficiencia del realismo. Toda época reclama el derecho de crear sus propios valores y de juzgar a la luz de ellos. Rechaza en consecuencia la implicación del realismo de que el término "debe" carece de sentido. El realismo consistente fracasa sobre todo, dice Carr, porque falla en proveer ninguna base para una acción con propósito y sentido. Si la secuencia de causa y efecto es lo suficientemente rígida como para permitir la "predicción científica" de eventos, si nuestro pensamiento está irrevocablemente condicionado por nuestro estatus y nuestros intereses, entonces, tanto la acción como el pensamiento se hacen carentes de sentido. Pero el que la sola contemplación pasiva sea todo lo que le queda al individuo, es una conclusión que repugna a la más arraigada convicción del hombre acerca de sí mismo, afirma Carr. Que los asuntos humanos puedan ser dirigidos y modificados por la acción y el pensamiento humanos, es un postulado tan fundamental que su rechazo parece apenas compatible con la existencia de un ser humano. De hecho este postulado no ha sido rechazado por aquellos realistas que han dejado su marca en la historia. Todo realista, cualquiera que sea su profesión, dice Carr, finalmente se ve forzado a reconocer no sólo que hay algo que el hombre debe pensar y hacer, sino que hay algo que él puede pensar y hacer, y que este pensamiento y acción no son ni mecánicos ni carentes de significado.⁸²

Se regresa entonces a la conclusión, sostiene Carr, de que cualquier pensamiento político bien fundado debe estar basado en elementos, tanto de *utopía* como de *realidad*. Cuando el utopismo se ha convertido en un engaño hueco e intolerable, que sirve meramente como un disfraz para los intereses de los privilegiados, el

81 *Ib.*, 89.

82 *Ib.*, 92-93.

realista realiza un servicio indispensable al desenmascararlo. Pero el puro realismo, dice Carr, no puede ofrecer nada, excepto una lucha abierta por el poder que hace imposible cualquier clase de sociedad internacional. Habiendo sido demolida la utopía del tiempo presente con las armas del realismo, se requiere construir una nueva utopía, que un día caerá ante las mismas armas. La voluntad humana continuará buscando un escape de las consecuencias lógicas del realismo en la visión de un orden internacional que, tan pronto como cristaliza en formas políticas concretas, resulta teñido con intereses propios e hipocresías, y debe una vez más ser atacado con los instrumentos del realismo.⁸³

Es ésta, concluye Carr, la complejidad, la fascinación y la tragedia de toda vida política. La *política* está construida de dos elementos, *utopía* y *realidad*, que pertenecen a dos planos diferentes que nunca pueden encontrarse. Por esa razón no hay mayor barrera para un claro pensar político que equivocarse en distinguir entre *ideales*, que son *utopía*, e *instituciones*, que son *realidad*. Cada situación política contiene elementos mutuamente incompatibles de *utopía* y *realidad*, de *moralidad* y *poder*.⁸⁴

CONCLUSIÓN

Insistimos en nuestra idea sobre *The Twenty Years' Crisis 1919-1939*. Se trata de una obra de gran densidad de pensamiento, cuyo análisis a fondo, junto con el de la bibliografía en ella citada por su autor, aun para el especialista, requeriría bastante tiempo. Sin embargo, al estudiar su primera y segunda partes creemos haber comprendido el problema planteado por Carr en su momento, en 1939, la víspera misma del inicio de la Segunda Guerra Mundial: la crítica realista al utopismo de entreguerras.

La Gran Guerra 1914-1918 se cerró con la derrota de Alemania, la desaparición de la monarquía en ese país, el Tratado de Versalles y luego la Liga de las Naciones. Para Carr, esta organización internacional y su famoso *Covenant* significaron una verdadera fábrica de errores internacionales, cuyo fundamento último era lo que Carr denomina el *utopismo* y cuyo producto final y trágico fue la Segunda Guerra Mundial 1939-1945. Ante el fracaso del *utopismo* en las relaciones internacionales, Carr propone el *realismo*. La antinomia entre *utopismo* y *realismo*, que en materia de asuntos de Estado, nacionales o internacionales, se manifiesta en la antinomia entre *política* y *ética*, resuelta por Machiavelli en la forma que sabemos (la ética es función de la política), en el fondo no es otra cosa que la vieja antinomia filosófica entre *idealismo* y *empirismo*, entre *determinismo* y *libertad*. Se trata de un problema no resuelto, falsamente resuelto, si se opta por uno de los dos extremos con prescindencia del otro, es decir, la solución tiene que

⁸³ *Ib.*, 93.

⁸⁴ *Ib.*, 93-94.

tener en cuenta los señalamientos de una y otra tesis. Carr ha visto bien esta cuestión y por eso su realismo se presenta con las debidas reservas. En el último apartado de la segunda parte de su obra que hemos analizado, *Las limitaciones del realismo*, aparece con claridad su posición en el sentido que señalamos. Tesis como la de Bentham, la de la *opinión pública*, la de la *armonía de intereses* impulsada por el *laissez-faire*, la creencia en que los pactos internacionales y el derecho internacional eran disuasivos efectivos de posibles guerras, tesis todas ellas que dejaban de lado la consideración de las realidades cambiantes del mundo, el armamentismo incontrolado, las desigualdades profundas entre las naciones, no podían ser la solución de largo plazo. Aunque Carr no lo señala, uno de los errores más graves en que incurrió la Liga de las Naciones en sus sueños de utopía fue el no haber previsto instrumentos eficaces de control para impedir que se hubiera dado, como en efecto se dio, el armamentismo alemán impulsado por el nacionalsocialismo.

La crítica fundamental del realismo al utopismo, Carr lo ha señalado, consistió en sostener, por una parte el determinismo del proceso histórico; por otra parte, y más fundamentalmente, el carácter relativo y pragmático del pensamiento mismo, negador por consiguiente del concepto utópico de un estándar fijo y absoluto mediante el cual deben ser juzgadas políticas y acciones. De allí que las teorías de moralidad social pudieran ser consideradas por el realismo, contra el utopismo, como el producto de grupos o naciones dominantes. Una crítica similar hizo el realismo a la doctrina de la *armonía de intereses*. Esta doctrina fue considerada por el realismo como un artificio moral ingenioso, invocado por grupos privilegiados para justificar y mantener su posición predominante, en lo doméstico y en lo internacional. En definitiva, para el realismo, los supuestos principios fijos, absolutos y universales del utopismo no son sino las inconscientes reflexiones de planes nacionales de gobierno basados sobre una particular interpretación del interés nacional en un tiempo determinado.

Ante el fracaso del utopismo la proposición de Carr en 1939, en los albores mismos de la Segunda Guerra Mundial, es un realismo moderado. Un "realismo consistente", como dice Carr, excluiría cuatro elementos que este autor considera necesarios a todo pensamiento político efectivo: un objetivo finito [no uno situado en la escatología de la historia, como el de Marx, por ejemplo]; un atractivo emocional [que no existe si al hombre, ante el determinismo de los hechos sólo le queda su contemplación]; el derecho a formular un juicio moral [de imposible realización si se admite como en el realismo extremo el determinismo de los procesos histórico]; una base para la acción [inútil ante un determinismo histórico].

Estas razones llevan a Carr a sostener que cualquier pensamiento político bien fundado debe estar basado en elementos, tanto de *utopía* como de *realidad*. Cuando el utopismo se convierte en un engaño hueco e intolerable, que sirve sólo como disfraz de los intereses de los privilegiados, el realismo realiza un servicio

indispensable al desenmascararlo. Pero el realismo puro sólo ofrece la posibilidad de una lucha abierta por el poder que hace imposible cualquier clase de sociedad internacional.

La voluntad humana continuará buscando, dice Carr, un escape de las consecuencias lógicas del realismo en la visión de un orden internacional que, tan pronto como cristaliza en formas políticas concretas, resulta teñido con intereses propios e hipocresías, y debe una vez más ser atacado con los instrumentos del realismo. 🗣️

Antonio J. Pacheco Amitesarove

Profesor de Introducción al Derecho de la Facultad de Derecho
de la Universidad Católica Andrés Bello.

ANTONIO PACHECO

BIBLIOGRAFÍA

BERLIN, I. (1997). *The Crooked Timber of Humanity*. Chapters in The History of Ideas. Edited by Henry Hardy. Princeton: Princeton University Press.

CARR, E.H. (1946). *The Twenty Years' Crisis. 1919-1939*. New York: Harper & Row. 1946 (originally published in 1939; second edition 1946).

ENCYCLOPAEDIA BRITANNICA (1949): 24 vols. Chicago-London-Toronto: The University of Chicago.

FERRATER MORA, J. (1981). *Diccionario de Filosofía*. 4 vols. Madrid: Alianza Editorial.

KANT, I. (1976): *Critique of Pure Reason*. Translated by Norman Kemp Smith. London: The Macmillan Press (First edition 1929. Second impression with corrections 1933).

LALANDE, A. (1972). *Vocabulaire technique et critique de la philosophie*. Paris: Presses Universitaire de France.

MILL, J.S. (1962). *Utilitarianism. On Liberty and Essay on Bentham. Together with selected writings of Jeremy Bentham and John Austin*. Edited with an Introduction by Mary Warnock. London-Glasgow: Collin/Fontana.

PEARSON, F.S. y MARTÍN ROCHESTER, J. (2000). *Relaciones internacionales. Situación global en el siglo XXI*. Bogotá: McGraw-Hill (traducción de la 1ª edición en inglés).

ROMERO, C.A. (2001). "Teoría de las relaciones internacionales" (Conferencias, ideas y sugerencias propuestas y discutidas en el Seminario del 1^{er} semestre de 2001, marzo-julio 2001). Curso del Doctorado en Ciencias Políticas. Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas. Centro de Estudios de Postgrado. Universidad Central de Venezuela.

SMITH, A. (1974). *The Wealth of Nations*. Edited by Andrew Skinner. Bungay, Suffolk: Penguin Books. Bungay, Suffolk, (First published 1776. Published in Pelican Books 1976. Reprinted 1973. Reprinted with revisions 1974).